

nicipal que regula el encierro de Pamplona dejó de prohibir la carrera «a niños y mujeres». El único requisito para entrar en los 865 metros de calle que van desde los corrales hasta el callejón es ser mayor de edad (esto no siempre se cumple) y estar en condiciones de correr (esto tampoco se cumple siempre). La norma tardó en aplicarse. El corredor, ex comentarista de Televisión Española y experto en el encierro Javier Solano recuerda cómo pese a estar permitido, la Policía sacaba a las corredoras del recorrido.

### Un secreto

Una de aquellas era Belén (prefiere no dar su apellido), comerciante de Pamplona. En 1979 y con los sanfermines galopándole por las venas de sus 18 años como una manada de 'Cebadas', se adentró en el túnel del miedo de la calle Estafeta. No duró. «Me insultaron y me sacaron de allí», recuerda. «Creo que lo hacían por protegerme, por una especie de machismo paternalista». Al segundo día, se caló un gorro sanferminero, escondió dentro la melena, eligió

ropa holgada y se la manchó a propósito. «Qué, chaval ¿es tu primer encierro?», le preguntaban los mismos que la habían echado, y le ayudaban a aguantar el vacío helador de las ocho menos cinco. Ella hablaba lo mínimo. Corrió muchas más veces, pero tampoco dijo nada, ni a su marido, ni a su madre, ni a sus hermanos. «Me valía con demostrármelo a mí misma». Con el tiempo, vinieron dos hijos que no saben nada, y las amigas de Belén, que nunca conocieron su cósmico secreto, se extrañaban de que su marido siguiera en las astas. «Me decían que no sabían cómo podía dejarle seguir corriendo. ¡Mientras tanto pensaba que lo que me fastidiaba de verdad era no poder correr yo!».

En los 80 cayeron muchas barreras. Entre los muros de caliza de la Cuesta de Santo Domingo ya se movían con zancada prometedora Eva y Edurne, hijas de Fermín Etxeberria, 'Etxebe', una familia que vivió el toro como pocas y que terminó como no debía. En 1990, ellas morían en un accidente y a 'Etxebe', decano de la Cuesta y una leyenda sobre los adoquines, le partió la cabeza un toro en 2003. Nunca despertó.

A Asun Apesteegüía (Pamplona,

## Las razones de una ausencia

Han pasado más de 80 años desde que Hemingway definiera el encierro como «el último refugio del macho», pero la carrera sigue siendo cosa de hombres. Según Javier Solano, las mujeres solo representan el cinco por ciento de los corredores que están dentro del recorrido. «La mayor parte de ellas entran con su pareja de la mano a la plaza un minuto y medio antes de que lleguen los toros». En las astas o al menos en los terrenos de los toros son menos del uno por ciento. Si se eliminan de la ecuación las que no distinguen un Miura de una Vespa y no saben literalmente qué están hacien-

do, se pueden contar con los dedos. ¿Por qué? «Sigue existiendo una costumbre que dice que eso es cosa de chicos», explica Asun Apesteegüía. «Correr con 55 kilos junto a una persona de más de cien es un hándicap enorme», reconoce Javier Solano. Estadísticamente, ellas son más pequeñas y mantenerse de pie entre el apocalipsis de cuerpos que se forma quince metros antes de las astas es muy difícil. No imposible. Aunque «también hay buenísimos corredores con 60 kilos», advierte Solano. Todos los entrevistados coinciden en que ellas son más precavidas, pero esto podría cambiar. ¿En el futuro habrá hombres y mujeres a partes iguales? Javier Solano es tajante: «Sí, seguro. La participación femenina en todos los ámbitos es imparables».

Una corredora en 2006 ajena a lo que tiene detrás. :: AFP/R.RIVAS



Estefanía Laita. :: R. C.

### EN SU CONTEXTO

#### LA CIFRA

5%

de los corredores que están en el recorrido son mujeres. La mayoría entra a la plaza antes de que salgan los toros. La cifra de mujeres ante las astas es insignificante.

#### 1974

El bando municipal que regula la carrera del encierro deja de mencionar la prohibición del encierro a mujeres y niños.

#### 1991

La noruega Anne Karlin salta el vallado y resulta la primera mujer corneada en el encierro.



En 1950, ellas ven en la calle el encierro de Guardiola. :: ARCHIVO VIER MANER

1951), ex concejala socialista del Ayuntamiento de Pamplona le hirvió la sangre en un debate municipal acerca del papel de la mujer en la carrera. Había caído la prohibición, pero no la costumbre. Año 87. Para entonces, Asun llevaba marcado en el ADN el trozo de calle que iba desde el final de Santo Domingo hasta Estafeta, así que se plantó allí «con las manos tan frías... Con todo el cuerpo frío» y esperó en esa soledad en compañía de cientos el momento de la verdad. Hasta hace cinco años volvió a repetir ese rito y esa manera de tirarse a ciegas al contraluz de Mercaderes, de cara al sol de la mañana. «Te lo cuento y todavía se me ponen los pelos de punta». Apesteegüía asegura que nadie la miró mal. «Al contrario. Me ayudaron y me respetaron. Al fin y al cabo ¿Por qué no va a correr una mujer? ¿Por el físico? Yo me veía mejor físicamente que muchos hombres», explica. Todavía nada dos kilómetros a diario.

«A finales de los ochenta llegaron las extranjeras y las primeras corneadas», recuerda Javier Solano. Una de las primeras en caer fue Anne Karlin, noruega de 24 años. que pensó que los toros habían pasado, saltó al recorrido en la zona de Telefónica y un toro de Salvador Guardiola la corneó mientras que a pocos metros, otro se colgaba de un pitón a Torly Urban, un sueco atra-vesado por el muslo.

### Padre e hija

Casi 20 años después, Isabel Solé (La Gornal, Barcelona) sabe lo que hace. Tiene voz de niña y 31 años. Es ingeniera y profesora en la Universidad de Barcelona y no tuvo dudas en correr la cuesta de Santo Domingo el pasado año. «Estaba muy asustada y corrí muy poco». Esa apuesta crecía dentro de ella desde que con diez años veía a su padre, Joan, meterse en la Estafeta. Cuando se enteró de lo que quería hacer su hija, dijo que no. Y ella -1,70 de altura, 50 kilos de peso- que sí. Dos años pasó por el callejón con su hermana y al tercero fue de cabeza a la íntima y fría soledad del inicio del recorrido, donde los toros pueden abrir manada a la velocidad de una moto de pizzero pilotada por un lunático. Allí aguardó sobre la acera izquierda entre esas dos paredes bajo un cielo surcado por pájaros ajenos al miedo y le rezó al Santo: «A San Fermín pedimos...».

Los demás la miraron sin decirle nada. Curiosos. A esas alturas, el corazón no está para luchas de géneros. «Vi esas caras tan blancas de esos tíos tan grandes antes de que sonara el cohete y me dije: 'Joder'». Todo fue muy rápido. Dos latidos después del paso de la manada, entre alivio y sofoco, buscó con la mirada las anchisimas espaldas de su padre. Lo vio y le abrazó. «Creo que él estaba más asustado que yo. ¿Sabes?, nadie me hizo sentirme como una chica». Estos sanfermines volverá el domingo a la calle. Con los Miuras.